

asuntos, sobre todo en el conocimiento del corazón humano, como había pensado muy bien Bustamante, se apresuró á decir:

—¡No, hombre, no! Trae la lista.

A Miguel le extrañó que Blindado tutease al camarero de las patillas, y se dijo:— Estos hombres audaces son los que suben. ¡Cuánto daría yo por atreverme á tutear á ese... señor mozo!

El comedor en que estaban tenía su diván y espejo rectangular, de cajón en semejantes lugares comunes. Pero á Bustamante le pareció aquello un lujo superior á los propios merecimientos. El diván ancho y bien mullido le parecía un incentivo demasiado fuerte de la voluptuosidad. Cuando le dijeron que allí se comía con *amiguitas* y que aquellos nombres inscritos en el espejo con diamantes eran de las palomas torcaces que solían acudir al reclamo de una buena mesa, Paleólogo sintió vacilar el edificio de sus creencias morales de provinciano morigerado. Ya desde su pueblo traía el proyecto vago, indeciso, de ser infiel á su esposa una sola vez, no por nada, sino por ver de todo, por saber lo que había adelantado la civilización en

cierto ramo que en su tiempo estaba muy atrasado. Aquel diván y aquel espejo le recordaron su plan en boceto de infidelidad transitoria.

Trajo el camarero la lista, que estaba en francés de folletín traducido.

Blindado puso el tarjetón en manos de Miguel diciendo:

—Que escoja el señor; es su derecho de forastero.

Miguel se puso colorado y el consabido sudorcillo de las situaciones apuradas comenzó á inundarle el cogote.

El había traducido francés, en otra época, había leído el *Telémaco* y algo del *Gil Blas*... Pero temía que la lengua del vecino imperio, como él llamaba á Francia, y eso que hacía algunos años de la caída de Napoleón, temía que la lengua del vecino imperio se le hubiese ido de la memoria.

Lo primero que vió fué la lista de los vinos, porque había empezado á leer por el reverso.

Pidió tres ó cuatro *chateaux*, por lo pronto. Después se limpió el sudor con el pañuelo y volvió á la carga. Todo lo que veía tenía nombre de vino; además lo decía

arriba: *Vins*, y esto significaba vinos ó él había olvidado el francés.—Pues, señor,—pensaba entre congojas,—¿si será moda ahora emborracharse con toda clase de vinos y no comer?

—Señores,—dijo en voz alta,—esto me parece demasiado egoísmo; á mí me gusta de todo, escojan ustedes.

Entonces Blindado tomó la lista, le dió la vuelta y pidió de lo más suculento y sabroso, nombrándolo en francés y preguntando á cada plato á Miguel:

—¿Le gusta á V. esto?

El otro aprobaba sin entender palabra, ¡Diablo de francés! Aquello no era lo que él había leído en el *Telémaco... ecrevisse... asperges*. El sabio Fenelón no decía palabra de estas cosas. Indudablemente, las lenguas cambiaban, como todo. Afortunadamente él, Miguel Paleólogo, se tenía por hijo de su siglo y estaba dispuesto á comer todos aquellos que se le antojaban neologismos franceses, y hasta dispuesto á pagarlos.

Se comió bien; con los mariscos se ensañó Blindado, que tenía proyectos trascendentales. Comieron ostras, langosta,

langostinos, calamares, todo ello regado con los vinos correspondientes. A mitad de comida, Miguel, que había perdido el miedo y se ahogaba en sudor, tuteó al mozo para decirle:

—Oye, tú, ¿hay encendida por ahí alguna estufa?

El mozo sonrió, dando á entender que comprendía el chiste. Miguel creía en la estufa oculta.

—La estufa la tienes tú aquí, *troglodita*,—dijo Blindado, dando una palmadita familiar en el abdomen, respetable al fin, de Bustamante.

Y acercándose al oído del provinciano le dijo algo que le obligó á mirar al diván con ojos llenos de lujuria.

—¿Odaliscas, eh? ¡Ah, pillín!—gritó entre carcajadas grotescas el hombre de las charadas.

—¡Cuidado!—dijo Ruedita, en voz baja, á Blindado.

—¿Por qué?

—Porque me lo vas á emborrachar de veras.

—¿Y qué?

—¡No hay que abusar!—advirtió con

gravedad de borracho prudente Merengueda, que comía y bebía más que todos y estaba muy pálido.

Muy bien le pareció á Bustamante lo de tomar helado antes de terminar la comida; era cosa nueva para él semejante intermedio, pero lo reputó excelente.

—¡Y mi mujer, — pensaba, — que nunca da leche merengada á los chiquillos si no han hecho antes la digestión! ¡Que preocupaciones hay en los pueblos!

—¡Preocupaciones!—siguió reflexionando.—¡Quién sabe, después de todo, si esto de la fidelidad conyugal será también una preocupación! Después de todo, la moral es relativa, como decía hoy este talentazo de Blindado en el café.

—¿Odaliscas, eh? ¿Con que odaliscas?— repitió en voz alta, riendo como un fauno.

—¡Hola, no le ha caído en saco roto!— dijo el crítico, que aproximó su silla á la de Miguel.

Hablaron en voz baja.

Rueda y Merengueda conferenciaron también.

A los dos les daba la borrachera por la prudencia. Rueda decía:

—¡Esto es abusar! Ese Blindado cree que por venir de provincias es tonto mi amigo... ¡Quiere explotarle y degradarle!...

—¡Es un cínico! ¡Esta comida le va á costar un dineral! ¡Ha pedido de lo mejor!— respondió Merengueda, serio y sin perder bocado.

—¿A quién le va á costar un dineral?

—A Blindado... ¿Pues á quién? Ya que él la pidió así, que la pague; yo no traigo aquí más que dos duros...

—¡Pues lo menos nos sube á cinco por barba!

—¡Y ese otro bestia ha pedido tanto vino!...

—¡Y caro!... Yo traigo seis pesetas.

—¡Pues que pague Blindado!

—¿Con qué?

—¡Qué se yo! con las costillas... ¡yo no pago!—Y Merengueda comía, serio, taciturno, pálido, olvidado de que era un humorista de *fondos políticos*.

Blindado, levantando el gallo, decía:

—¿Pues qué duda tiene? La moral es relativa... tienes razón, Miguelito; has coincidido con Pascal; verdad aquí... erroral otro lado de los Pirineos. El hombre es na-

turalmente lascivo, el pudor en la mujer, una convención... Las mujeres de unas islas... las islas... las islas... en fin,

Más allá de las islas Filipinas.

Pues bien, las mujeres de allí se arrojan al agua para acercarse á nado á las naves de los europeos y ofrecerles su cuerpo á cambio de abalorios, pañuelos de seda y otras baratijas...

—¡Así se abrió España al cartaginés!— observó Bustamante, satisfecho de haber colocado oportunamente una cita de primeras letras.

Blindado y Miguel Paleólogo quedaron en que la moral era relativa y en ir aquella noche á visitar á varias damas de las Camelias, irredimibles y hasta empeñadas.

Cuando llegó la hora de pagar, Bustamante se impuso. Estaba bastante borracho para no admitir competencia. Gritó, insistió en pagar él solo, cuando ya nadie le llevaba la contraria. Entregó, sin saber lo que hacía, un billete de cien pesetas, y el camarero le devolvió unas cuantas en una bandeja plateada. La bandeja deslum-

bró á Paleólogo, que se guardó aquéllas creyendo que eran un dineral.

—¡La propina, hombre!—le advirtió Blindado.

—¡Ah, caballero, usted dispense!... Toma,—añadió, recordando que debía llamar de tú al mozo. Y le dió un reluciente Amadeo.

—¿A dónde vamos?—preguntó Rueda en la calle.

—¡Hombre! Vamos á ver á esas señoras... amigas de...—dijo como pudo Miguel.

—No,—observó Blindado,—has de saber, compadre, que en la *alta sociedad* no reciben tan temprano. Ahora vamos al Real. Allí verás marquesas llanas y populares que no vacilan en codearse con cualquiera. Iremos al paraíso, que es donde están esas marquesas de incógnito. Nuestro traje no nos permite presentarnos en las butacas; los palcos por asiento son cursis... Vamos al paraíso.

—Sí, sí, vamos.

Miguel había oído en su pueblo que en el paraíso se juntaba lo mejor de Madrid; que iba allí cada marquesa y cada duquesa, así, como quiera, de trapillo. A él se lo ha-

bía dicho un gobernador de provincia, que también asistía al paraíso cuando era gobernador cesante, y no se avergonzaba; iba, también, como un cualquiera.

Rueda y Merengueda, que tenían la borrachera antipática de la prudencia, dejaron solos á Blindado y Paleólogo.

—¡Nos lavamos las manos—dijo Rueda!

—Eso es,—añadió Merengueda,—no queremos ser responsables de las picardías de ese tuno.

Rueda hablaba de pedir una satisfacción á Blindado al día siguiente. Le había secuestrado al amigo, al probable protector de *El Bisturí*.

Miguel llegó con su nuevo Mentor madrileño al paraíso del Real.

—Sobre todo no seas tímido,—le había dicho Blindado, por la escalera, que no se acababa nunca.—No seas tímido; aquí todo se hace al vapor, el amor inclusive. Siéntate junto á una chica guapa, que probablemente será hija de un título. Oprímla usted; si ella resiste al palo... písela usted el pie. (Volvía á darle tratamiento de usted.)

—¿Y si ella está en el banco inferior?

—Entonces le pisa usted una mano... Es decir, eso no; en fin, la topografía dirá á usted cómo y cuándo ha de pisar ó tocar, ó lo que sea.

—Sentémonos aquí, que se domina el escenario.

—No, señor, eso es cursi. No hay que ver, sino oír. Los inteligentes, los críticos nos sentamos aquí abajo.

Paleólogo siguió á su amigo á los bancos inferiores. Se sentaron en la sombra. Desde allí no se veía más que el cielo mitológico y la gradería paradisíaca. Pronto comenzó la orquesta á hacer temblar el aire. Se trataba del *Rienzi*, de Wagner. Paleólogo estaba aturdido con tal estrépito, y grande fué su asombro al ver levantarse á todos los de aquel banco, que eran, sin duda, los inteligentes, y gritar como energúmenos, enseñando los puños y los bastones á los dioses del techo:

—¡Más tambores! ¡Faltan tambores! ¡Se defrauda al público! ¡Más tambores!...

—¡Más tambores! ¡Dios mío!—pensaba Paleólogo.—¿Para qué querrán tanto parche estos caballeros?

Lo que es no entenderlo: él creía que so-

braban tamborileros. No tardó en olvidarse del arte para no pensar más que en una joven rubia que tenía cerca de sí, á su espalda, la cual ya le pisaba los faldones del *chaquet*. Era muy blanca y muy relamida, y Bustamante la tuvo por duquesa desde la primera mirada con que ella se dignó favorecerle, al volver él la cabeza para contemplarla. De mirada en mirada, el provinciano iba perdiendo la poca cabeza que le quedaba, y sin encomendarse al diablo (que á Dios no había de ser), se atrevió á pisar un pie diminuto, de la duquesita; pero *se lo pisó con la mano*, que todo era pisar, tratándose de Paleólogo. No había otro modo. Calló la niña y no retiró aquella monada, que tenía entre dedos gordos y blandos el atrevido lugareño.

— ¡Esto es hecho! — pensó Paleólogo. — Aventura tenemos. La duquesa de Pinohermoso, pongo por pino, se ha prendado de mí... Perdona mi mujer, pero esto honra á la familia. Además, la moral es relativa y en Madrid es cursi andarse con repulgos.

Y atreviéndose más, tocó el elástico de la bota de la duquesa (que traía botas con elástico). Todavía calló la aristócrata.

A Miguel le daba vueltas el paraíso delante de los ojos... Se ahogaba... no sentía más que una audacia sin límites... Puso la mano sobre un tobillo redondo, tentador... y acto continuo creyó que le habían roto la espina dorsal, merced á un puntapié que la duquesa tuvo á bien aplicarle, salva la parte, con toda la energía de su pudor sobresaltado.

La duquesita le llamó sin vergüenza y mal *cabayero* y le preguntó retóricamente que por quién la había tomado, añadiendo que si estuviese allí su papá... Pero estaba la mamá, que llamó á Alfredito, un novio para la niña, sentado un poco más arriba. Alfredito desafió *in continenti* al provinciano, entre los siseos del público. En el escenario andaban á sablazos con gran estrépito también. Miguel aceptó el reto sin ver, oír ni entender; creía que estaba loco, y escapó de aquellos bancos perseguido por los silbidos del público inteligente. En el entreacto, Blindado salió en busca de Miguel, le dijo que no *valía la pena abroncarse* por tan poco. Aquella señorita no era duquesa, sino hija de un empleado en consumos, una cursi de las pocas que se desli-

zaban entre la buena sociedad del paraíso. Por eso ella había gritado. Cuando diera con una verdadera señora, vería Paleólogo cómo no se quejaba por mucho que él se insinuara.

Sin embargo, Bustamante se juró á sí mismo no insinuarse más, y se fué á los bancos altos de la izquierda (del espectador), para contemplar á su gusto á la familia real, que estaba en frente, allá abajo, en su palco de diario. Tomó unos gemelos de alquiler y embelesado admiraba al rey, á la reina y á las infantas. Un profundo sentimiento de amor á la monarquía y á la dinastía, le embargaba el alma; la música hacia mayor su entusiasmo. El rey tomó unos gemelos muy grandes, paseó la mirada por el teatro, y... ¡oh, placer! se le antojó mirar hacia arriba... ¡Paleólogo creyó que le miraba á él y que le miraba con fijeza!... No, no debía de ser á él... ¡pero sí... era á él!... En rigor, no era un desconocido, así, en absoluto, para Su Majestad. Al pasar el tren real por el pueblo, siendo Paleólogo concejal, había saludado á Su Majestad en la plataforma del wagón... y el rey se había sonreído é inclinado la cabe-

za... como ahora... También se sonreía ahora.

—¡Oh, no cabe duda, es á mí!

Y Paleólogo saludó á S. M., que ni siquiera veía al ex concejal.

El entusiasmo dinástico le duró hasta el final de la ópera. Contemplando estaba á sus anchas, con los ojos metidos por los cristales de los gemelos, cómo la familia del monarca se despedía del público, á los *acordes de la marcha real*, cuando oyó dos silbidos á su lado, muy cerca y toses y otros ruidos subversivos... Volvió la cabeza indignado, ardiendo en celo monárquico y se encontró con un guardia de orden público que, sujetándole por el cuello de la camisa le intimó la rendición de su persona con todos sus derechos ilegislables.

—Todos los de este banco... desde aquí... hasta aquí... ¡presos!

—¡Pero, señor!...

—¡Silencio!

Y la autoridad, en forma de media docena de polizontes, llevó al mísero Paleólogo á la prevención, en compañía de otros seis malhechores, todos estudiantes menores él.

— ¡Blindado! — gritaba Miguel al bajar aquella escalera que había subido lleno de ilusiones.

Pero Blindado no parecía.

Durmió en la prevención el mísero Bustamante. Así pasó su primera noche en Madrid.

Y al día siguiente, tuvo que salir desterrado á Guadalajara, *con otros estudiantes*.

La Correspondencia lo decía: «Don Miguel Bustamante, alumno de la facultad de Medicina; Don Pedro Pérez, de la de Farmacia, y Don Antonio Gómez, de las de Ciencias, han sido desterrados á Guadalajara, á consecuencia del escándalo del Teatro Real, de que ya dimos cuenta á nuestros lectores.»

Los primeros días de su destierro en Guadalajara se aburrió mucho Miguel Paleólogo. Su carácter de *víctima de nuestras disensiones políticas*, le tenía muy orgulloso y descontentadizo. Hablaba poco con la patrona, nada en la mesa, iba al café y pedía su veneno correspondiente por señas, y sin decir una palabra pagaba.

Empezó á escribir sus memorias para *entretener sus ocios*.

Un extracto de aquel diario nos ahorrará muchos párrafos de soporífera narración.

Copio:

«Guadalajara es un poblachón que yace bajo el poder de un militarismo invasor.

»No se vé más que capotes azules y franjas de pantalón partidas en dos.

»Me han presentado en el café á varios caballeros alumnos de la Academia de Ingenieros. Simpatizamos.

»Presentación en el Casino. No hay más que caballeros alumnos. Un joven toca el piano... con los tacones y las espuelas.

»Me va gustando Guadalajara. Los paisanos me llaman ya el *ingeniero*, por mis relaciones con el elemento militar. Después de todo, los ejércitos permanentes son una necesidad.

»Velita, que es el diablo y además una cosa que llaman aquí *perdigón*, es mi íntimo amigo.

»Velita me aconseja que enamore á doña Nicolasa, que ignora mi estado. Cierto que la moral es relativa, como decía muy bien Blindado, pero, ¿y si don Serapio, el hermano de doña Nicolasa, averigua mis planes y me desloma?

»¡Dios mío! ¡en buena me he metido! ¡Un desafío con doña Nicolasa! lo que yo me temía. Leo lo escrito y enmiendo: el desafío no es con doña Nicolasa sino con don Serapio, su hijo, digo, su hermano. No sé lo que me escribo. ¿Por qué sería doña Nicolasa tan sensible y yo tan calavera y tan... tan... tarantán? ¡A buena hora mangas verdes! después del burro muerto...

»Leo lo de mangas verdes y no lo borro porque me he propuesto escribir en estilo familiar y decir todo lo que siento, confesar mis debilidades y darme bombo siempre que lo merezca, como lo hacía J. J. Rousseau.

»Me he portado bastante bien sobre el terreno. Don Serapio me pidió una explicación y yo se la dí por consejo de Velita. Pagué la cena para todos aquellos señores y ya no se hablará más del asunto. Pero permítaseme consagrar un suspiro á la memoria de estos amores efímeros y dulces, y á la de su víctima propiciatoria, como creo que se dice, aunque no estoy seguro. ¡Ay, pobre Nicolasa!

»¡Gran éxito! En la tertulia de las de Pintiparado hemos representado charadas

Velita y yo, con acompañamiento de caballeros alumnos y señoritas de la localidad y de Marchamalo. Yo he representado varias fábulas de Esopo. Dicen que el asno lo figuraba tan bien que no me faltaba más que rebuznar. No, y yo hubiera rebuznado, pero la charada clásica debe ser muda.

»Me ha llamado á su despacho el señor gobernador. Tengo un poco de miedo, aunque poco. ¿Será por lo de doña Serapia, digo, Nicolasa (¡ingrato!) ó será por causas políticas?

»Era por causas políticas. Mis charadas de *El Bisturí* me han comprometido. Se me sigue causa en rebeldía y el gobernador me entrega al juez, que me entregará á la guardia civil.

»¡Yo sí que voy á entregarla de ésta!

»¡La gloria es un martirio! La Academia en masa me ampara y pide al gobernador, casi amotinada, que aplace mi prisión... pero á mí no me llega la camisa al cuerpo. Esos caballeros alumnos, cuya buena intención agradezco, pueden empeorar mi causa.

»El gobernador acaba de acceder á la pe-

tición de los ingenieros y se dará en el teatro esta misma noche, una función á mi beneficio. Yo representaré charadas y haré de hijo en *Verdugo y sepulturero*. Después, saldré entre civiles del teatro. Definitivamente, soy un mártir de las ideas y un genio. Lo de genio no se lo diré á nadie por ahora, pero lo soy...

»Necesito coordinar mis ideas... ¡Qué emociones!... El teatro lleno de uniformes... la escena llena... de roses... En cuanto yo exclamé:

Yo derribo una cabeza
siempre del primer hachazo...

los caballeros alumnos, como otros tantos caballeros energúmenos, se levantaron, locos de entusiasmo, y á gritos, á palmas, hasta sablazos creo, improvisaron la ovación más descomunal de todos los siglos, por lo menos de todos los siglos en que ha habido ingenieros militares. ¡Qué entusiasmo! El tablado se cubrió de roses, después se cubrió de caballeros alumnos. Velita me quiso ahogar en un abrazo.

»Me sacaron en procesión por las calles.

»El gobernador mandó á los civiles para

rescatarme... Palos, sablazos, tiros... ¡qué se yo! Dormí en el calabozo de la Academia. Aquello fué una equivocación, pero dormí dentro del fuero militar.

»Al día siguiente comparecí ante el director de la ilustre escuela. Era un brigadier medio ciego, muy ordenancista y de muy malas pulgas. Me llamó caballero alumno y me mandó arrestado, mientras se me formaba sumaria. Creyó que era yo ingeniero. No me permitió sacarle de su error y fui arrestado en nuevo calabozo.

»Ocho días después, salíamos desterrados para Andalucía «varios alumnos de la Academia de ingenieros militares, entre ellos el Sr. D. Miguel Paleólogo Bustamante, complicado en otras causas políticas». A lo menos así lo decía *La Correspondencia*.

»Yo me encontré, de justicia en justicia, entregado á la de mi pueblo. Entré en mis lares en calidad de estudiante, periodista y caballero alumno de ingenieros, desterrado por causas políticas.

»Mi mujer, mis hijos lloran conmigo en el destierro, algo menos penoso por las dulzuras del hogar.

»Como sigo cesante, el pan, el poco pan que comemos es negro. ¡El negro pan del destierro!

»Toda mi familia, todos mis vecinos, se esfuerzan por consolarme... pero ¡ay! en vano, mi llanto es inagotable.

»Por mucho que ellos quieran endulzar mi amargura, yo no dejaré de ser una víctima de nuestras disensiones políticas.

»¡Soy un desterrado!

»Cierto que ésta es mi esposa, éstos mis hijos, ésta mi casa, éste mi lecho, éste mi gorro, mi inveterado gorro de dormir...

»Pero, ¿y el sol de la patria?

»PALEÓLOGO.»

Oviedo, 1884.



ZURITA